



ANÁLISIS / POR JOSÉ GARCÍA MONTALVO

PERIODISTAS, ECONOMISTAS Y PIKETTY

Empieza a convertirse en clásico que algunos periodistas se conviertan en guardianes de la pureza estadística de los estudios académicos con repercusión mediática. Uno de los primeros episodios fue la famosa caja 1.1 del FMI, firmada por el mismísimo Blanchard, en la que se argumentaba que el multiplicador fiscal era mucho más grande (hasta el triple) que el valor tradicionalmente utilizado. Chris Giles, periodista del *Financial Times*, comprobó que la afirmación era muy endeble y quitando algún país el resultado desaparecía. El último episodio, también protagonizado por el mismo periodista, se refiere a las conclusiones de Piketty y su *El capital en el siglo XXI*. Giles ha encontrado decisiones arbitrarias en la construcción de las series de distribución de la riqueza que, en algún país, cambian los resultados. Entre medias, un alumno de doctorado descubrió que el famoso postulado de Reinhart y Rogoff sobre los efectos perniciosos de superar el 90% de deuda sobre el PIB se debían a errores en una hoja Excel.

¿Qué tienen en común estos sucesos? Todos se refieren a temas con una amplia repercusión mediática (políticas de austeridad, el efecto de la deuda pública o la evolución de la desigualdad) en la que sus autores infieren conclusiones que van más allá de lo que se puede concluir con los datos que tienen. El estudio del FMI sobre el multiplicador fiscal se basaba en tan solo 28 observaciones y era ciertamente sensible a los países que se incluían o excluían de la muestra. Además, utilizaba como elemento fundamental predicciones económicas cuando es bien conocido, y Tim Hartford lo ha vuelto a poner de manifiesto recientemente en el *Financial Times*, que dichas previsiones son muy imprecisas en un cambio de ciclo económico. La insistencia en el límite del 90% de la deuda en Rogoff y Reinhart era innecesaria, pues la relación entre deuda y crecimiento se



GABRIEL SANZ

mantiene con los datos correctos aunque el límite ya no sea correcto. El problema de ese estudio es otro más técnico que tiene que ver con la inadecuación de la técnica estadística utilizada para realizar las inferencias.

El caso Piketty tiene similitudes y diferencias con los anteriores. Antes de que se publicara la versión en inglés de *El capital del siglo XXI*, Piketty estuvo en mi departamento dando un seminario. La sensación que tuve cuando describía los datos es que habían hecho un trabajo enorme, pero que, al mismo tiempo, las diferencias en las fuentes y la metodología para diferentes periodos de tiempo y países impedían extraer conclusiones concluyentes sobre la evolución de la distribución de la riqueza.

El otro tema, el aumento de la desigualdad de la renta en los últimos 30 años y la influencia de los grandes salarios, era ya bien conocido. La globalización ha impulsado una enorme demanda por el talento. El último contrato de Messi supone, ajustado por la inflación, multiplicar por 16 el *supercontrato* que firmó Cruyff a mediados de los 70. En el mismo periodo los salarios se han multiplicado por 1,4.

Otro punto oscuro de la argumentación de Piketty es la conclusión de que si el tipo de interés es mayor que la tasa de crecimiento de la economía entonces la desigualdad aumenta. Esta afirmación simplemente no es correcta. Por último, la medida estrella de Piketty para acabar con la desigualdad de la riqueza, un impuesto muy elevado sobre la riqueza a nivel mundial, está totalmente desenfocada con independencia de que sea de imposible gestión.

Los impuestos sobre el patrimonio son una reliquia que no se debería recuperar pues desde el punto de vista técnico son un desastre, como reconocen todos los países que lo han eliminado. Teniendo en cuenta que una gran parte de la desigualdad de la riqueza es heredada, la propuesta lógica sería im-

poner un impuesto sobre herencias elevado que permitiera financiar la igualdad de oportunidades con una provisión de educación de calidad. Y teniendo claro que la desigualdad de la renta ha aumentado sustancialmente, y que las rentas muy altas pagan un tipo efectivo muy bajo, se debería conseguir un sistema tributario en el que los ricos pagarán los impuestos sobre la renta que les corresponden. Pero intentar igualar los resultados con independencia del esfuerzo, con impuestos sobre los fondos ahorrados que forman el patrimonio de las familias, es la respuesta equivocada a la pregunta correcta, suponiendo que la distribución de la riqueza haya empeorado tanto como señalan los números de Piketty.

Y aquí es donde encontramos otra sorpresa: algunos economistas muy conocidos, aún admitiendo que pueden haber errores en los cálculos de Piketty, se muestran convencidos de que la distribución de la riqueza ha empeorado. ¿Ciencia infusa?

José García Montalvo es catedrático de Economía de la Universidad Pompeu Fabra.